

A thick red rope is shown in three horizontal sections, each featuring a knot. The top section has a reef knot (square knot), the middle section has a reef knot, and the bottom section has a reef knot. The rope is set against a plain white background.

POLÍTICA

Conflictología

Curso de resolución
de conflictos

5.^a edición

Eduard Vinyamata

POLÍTICA

Conflictología

Curso de resolución
de conflictos

Eduard Vinyamata

ÍNDICE

Introducción	9
Prólogo a la edición de 2014	11
Prólogo	21
La importancia del conflicto	33
La violencia	36
Beneficios y costes de los conflictos	49
Agresión y cooperación	56
Comprensión del conflicto: Orígenes y causas	59
Factores biológicos que determinan conflictos	65
Los factores psicológicos y pedagógicos	75
Problemas filosóficos. Más allá del dualismo	78
Aspectos antropológicos en los conflictos	80
Algunas cuestiones educativas y políticas de los conflictos ...	84
La dimensión espiritual	85
El conflicto y sus teorías	91
Escuelas y teorías sobre el conflicto	94
Los planteamientos desde la <i>Solución de Problemas</i>	98
Del conocimiento	104
La Teoría del Caos	110
El caos de las denominaciones	122

Las expresiones del conflicto	137
Los conflictos con uno mismo	137
Conflictos de pareja	138
Conflictos escolares	144
Conflictos vecinales y sociales	146
Conflictos laborales y entre organizaciones	148
Conflictos sociales y políticos	151
La Diplomacia preventiva	166
De la Justicia y de la ética	169
Sobre el perdón y la reconciliación	176
De las guerras	178
Defensa, seguridad y convivencia	181
La policía	194
De la lucha	197
Los medios de comunicación y los conflictos	199
Tratamiento y transformación de conflictos	207
Cuestión de razonamiento, cuestión de método	209
Medicina que pacifica	211
La importancia de la mente	215
Arbitraje, Conciliación, Mediación y Negociación: Gestión de Conflictos	220
Estrategias de intervención integral	224
La escalada conflictual	225
Métodos, recursos, técnicas y sistemas	230
Cartografía del conflicto	231
Los cuestionarios	233
Escribir cartas, un diario o explicar un cuento	236
Participación social	238
El poder de la televisión	240
El viaje como terapia	243
Cambiar de casa para cambiar de vida	245
Compartir los problemas ajenos ayuda a resolver los propios ²³⁷	
Jugar para comprender y resolver	250
Sobre el reconocimiento	251
Terapias y bálsamos para recuperar el equilibrio	252

A la búsqueda de una cultura de paz	255
Simplicidad	257
Afecto	259
Casos	263
Pandillas armadas	263
Un caso de hostigamiento psicológico en el trabajo	264
La liga de baloncesto	266
Un proceso de separación equivocado	267
Cuando los negocios van demasiado bien	269
Mostar	270
La ladrona	271
La banda que ensuciaba las paredes	274
Diccionario de conflictología	279
Bibliografía de conflictología	307
Directorio	321
Biografía profesional del autor	325

LA IMPORTANCIA DEL CONFLICTO

Media humanidad vive dedicada a fabricar y contribuir al bienestar, la otra mitad a protegerlo. Desde los confines del tiempo, media humanidad se halla dedicada a la creación de bienes para vivir. La otra mitad, con peor o mejor fortuna, se dedica a la solución de conflictos. Buena parte de los esfuerzos humanos están dedicados al cultivo de tierras, la producción y transporte de alimentos, de vestido, casas donde vivir, sistemas de transporte y comunicación, así como de infinidad de objetos y sustancias para poder vivir con comodidad y de manera digna. Son los oficios dedicados a la construcción de edificios, de máquinas, dedicados a la agricultura, la pesca, la fabricación de vestidos, de medicinas...

La otra parte de la humanidad se dedica, bien o mal, a ofrecer sistemas de seguridad, protección, restauración y defensa frente al peligro de conflicto y agresión por parte de otros; ayudar, prever y buscar remedio a los conflictos o las crisis con uno mismo, hacer las paces entre familiares, hacer de conciliador o de facilitador entre colegas y compañeros de trabajo, a pacificar, solventar litigios, solucionar problemas de comprensión o de relación, facilitar la comunicación, mediar, arbitrar, prestar ayuda psicológica, resolver problemas de significación... La lista resultaría interminable. Son en definitiva aquellos que, de una manera u otra, acertada o desafortunadamente procuran por el restablecimiento del equilibrio, de la armonía, de la salud psicológica o del estado de ánimo, la superación de crisis sociales... Aparentemente no producen nada, pero hacen posible que otros puedan producir y que en

general podemos aspirar a disfrutar de la vida, a perseguir la felicidad, a salvaguardar la vida y los bienes. Estos son los consejeros y psicólogos, muchos médicos, pedagogos, sociólogos, abogados, trabajadores sociales, filósofos, policías, militares, personas tal vez sin un oficio definido pero que saben restablecer la concordia, tranquilizar, solventar crisis, levantar el ánimo. También lo son los religiosos, jueces, funcionarios de instituciones sociales.

La cuestión estriba en que hemos separado, tal vez sin darnos cuenta, la razón de tales oficios. Seguramente hemos olvidado el sentido de su existencia y función, ya que en demasiadas ocasiones han acabado transformándose, justamente, en funcionarios de la discordia, del conflicto, de la guerra, de la confusión, de la angustia. No resulta difícil constatar cómo en muchos casos la política no es un lugar de concordia sino de discordia; que el ejército no evita las guerras sino que las hace; que la Justicia acaba justificando e imponiendo la injusticia social, limitando la libertad o sirviendo como herramienta de venganza; que la religión también ha servido y sirve para ofuscar y angustiar los espíritus, que la policía se torna represora e incluso encubridora del delito o de la corrupción. En la realidad conviven ambos sentidos, los dos extremos, y los innumerables matices entre los mismos.

Los conflictos están presentes en todas las manifestaciones de la vida. El conflicto en su sentido más amplio, aquel que engloba guerras y disputas, crisis y problemas que provocan conflictos y crisis. Únicamente tiene interés entender el conflicto como un fenómeno universal con infinitas expresiones pero que conserva una unidad conceptual, los elementos comunes que los identifican entre sí. Un fenómeno que podríamos decir se manifiesta en el primer y último acto de la vida, en el momento del nacimiento y en el de la muerte.

Sin embargo, podemos entender que los conflictos pueden poseer, como mínimo, dos significaciones simultáneas. Cuando los conflictos significan y representan crecimiento, oportunidad, posibilidad de innovación, cambio, regeneración, estímulo, mejora, descubrimiento y serenidad... Los conflictos, como las

enfermedades, nos indican que alguna cosa está sucediendo y que, a lo sumo, podemos retardar pero no impedir. En este sentido, los conflictos son elementos que nos permiten avanzar, mejorar, prever su función regeneradora y sacar provecho.

Pero el conflicto también puede significar destrucción, dominación, alineación, frustración, guerra, desgracia, dolor, sufrimiento, angustia, ofuscación, bloqueo, violencia. En estos casos podemos pensar que se está produciendo una disfunción, un error más o menos grave que forzará cambios traumáticos que acabarán perjudicando en mayor o menos medida a todas las partes implicadas.

La frontera entre ambas significaciones no está bien definida, resulta ambivalente, relativa y tan sólo podremos determinar su bondad o maldad en función de los resultados finales observados desde un cierto distanciamiento. Lo que sí podremos determinar como positivos o negativos serán los métodos empleados para efectuar los cambios que los conflictos plantean. Todo medio que posea un coste superior a los resultados obtenidos puede llegar a pensar que es equivocado, inconveniente o negativo. Es decir, cuando el remedio es peor que la enfermedad. Me refiero en todo momento a costes globales, a costes humanos, no únicamente a costes económicos. En este sentido, podemos pensar que la violencia, cualquier forma de violencia, resulta inconveniente, perjudicial y negativa por este mismo motivo.

La vieja discusión de si los fines justifican los medios empleados creo que puede llevar a la conclusión fácil de que resulta a la inversa. Serán los medios los que determinarán el fin, el resultado. A la inversa, si los medios resultan nocivos y perjudiciales, los resultados acabarán siendo una suma y difícilmente podría resultar diferente. La afirmación que los medios pudieran justificar los fines no es más que una falacia, un engaño urdido con la finalidad de obtener carta blanca incluso cuando resulta del todo evidente que lo que se está produciendo resulta claramente ineficaz e inconveniente.

La violencia

La violencia es un elemento central en el conflicto y permite distinguir entre los procesos conflictuales positivos y negativos. Sin violencia, aunque pueda existir tensión, los conflictos adquieren un carácter positivo. Contrariamente, los conflictos en los que la violencia es presente acabarán siendo negativos para todas las partes implicadas. Aunque los conflictos incorporen niveles de tensión y dificultad más o menos elevada no representa forzosamente que exista violencia. De manera parecida a como podemos distinguir entre fuerza y violencia. Fuerza posee como sinónimos conceptos y realidades como energía, coraje, decisión, determinación, potencia; conceptos que en sí mismos no comportan odio ni el objetivo de perjudicar.

Definir la violencia no resulta fácil. Pero es necesario hacerlo, con todos los riesgos que puedan derivarse. Desde mi punto de vista, violencia es todo aquello que pueda representar o significar perjuicio, producir, por efecto o por defecto, un mal a otro, a uno mismo o al entorno; ya sea realizado o llevado a cabo de manera consciente o inconscientemente. No siempre se ejerce violencia a través de la fuerza ni desarrollando niveles significativos de tensión. De parecida manera a como cuando se ejerce la fuerza no representa que se lleve a cabo con violencia. Pondré algunos ejemplos:

Los códigos de circulación prevén condenar como cómplices de asesinato a aquellas personas que han negado el auxilio a personas accidentadas aunque no hayan sido estas mismas las que hayan podido ocasionar o intervenir en el accidente. Es decir, si circulando por una carretera nos encontramos con una persona accidentada y no actuamos en su socorro previniendo a los servicios de emergencias o procurando de alguna manera por su estado, incurriremos en un delito de consecuencias penales. Esto es, también, violencia. La negación de auxilio es una forma de violencia en cuanto nuestra actitud, nuestro comportamiento, representará un perjuicio grave a una persona a la que se lo hubiéramos podido intentar evitar. La negación de auxilio no incluye el desarrollo de ningún tipo de fuerza ni una especial tensión; simplemente habremos actuado de una mane-

ra irresponsable, insolidaria; en este caso la violencia habría sido por omisión. Habríamos sido cómplices de las consecuencias que se derivarían de la pasividad frente al problema de un tercero.

No hace mucho, durante la lectura y defensa de tesis de la que formaba parte del tribunal, la doctoranda acusó a los hombres de ser los actores de los actos de violencia armada, de las guerras. Esta afirmación pienso que es en buena parte cierta, tan cierta como que la otra mitad de la humanidad, las mujeres, han sido cómplices de los hombres de todas las barbaridades cometidas. Cómplices pasivos que no han contribuido a detener las guerras, a evitarlas o a reducir sus consecuencias. Para perjudicar a otro ya sabemos que no es necesario actuar, en ocasiones se consiguen iguales o superiores resultados dejando de actuar; ocultando información, negando el auxilio o la solidaridad, mintiendo, huyendo o adoptando una actitud pasiva.

La violencia posee tantas expresiones como capacidad de acción y de expresión posee el género humano. La violencia física es el ejemplo mejor conocido pero no el único. Resulta fácil identificarla. Sin embargo, la mentira, el engaño, la falacia, la tergiversación poseen efectos equivalentes o similares a la violencia física y pueden llegar a destruir físicamente a una persona. Imaginemos las consecuencias que pueden producir rumores malintencionados que acabarán afectando la honorabilidad, la dignidad y la integridad de alguien y que todo ello puede derivar con facilidad hacia la pérdida de su credibilidad, de su trabajo o en el divorcio. Incluso con rumores se puede llegar a encarcelar a una persona basándose en aportar pruebas o declaraciones falsas. En estos casos el resultado final únicamente es una pequeña parte, si tenemos en cuenta el largo y doloroso proceso de deterioramiento psicológico y social de una persona sometida, tal vez durante años, a una situación de estrés constante producido por actos de violencia psicológica, judicial o estructural continuados. La exposición continuada a una situación de estrés debido a conflictos que no encuentran solución acabará reportando enfermedades graves a las partes implicadas, al margen de las consecuencias sociales de ver reducidas las posibilidades de mejorar profesionalmente o,

incluso, de perder empleo o pareja. Actos de violencia de esta tipología son los que se ejercen cotidianamente y de manera constante en los procesos conflictuales familiares o entre compañeros de trabajo.

Incluso podríamos decir que las actitudes insolidarias son también una muestra de actos de violencia sutil, tal vez justificada por la necesidad de protegerse o bajo los efectos del convencimiento de la bondad del espíritu competitivo. De todas maneras, bajo la excusa de hacerlo en defensa propia han empezado todas las guerras. Lo que me parece claro es que ninguno de tales actos puede justificarse por razones «ideológicas», de pertenencia a un grupo o partido político, ni mediante razonamientos pretendidamente intelectuales. Las razones, las causas de los conflictos, no se sustentan nunca en las diferencias sino que son, únicamente, las razones de la violencia ofuscada por los intereses y la incapacidad de sobreponerse a sensaciones incontroladas de miedo; debido también a la incapacidad de desarrollar recursos cooperativos con la finalidad de equilibrar las tendencias competitivas excesivas.

Raramente relacionamos violencia con odio, con rencor, venganza o engaño. Pocas veces pensamos que el sistema político o judicial o los medios de comunicación pueden transformarse en sistemas tremendamente violentos que pueden llegar a perjudicar gravemente a poblaciones enteras. La venganza puede ser consumada mediante procesos judiciales manipulados o con el único objetivo de castigar. El mismo juego democrático puede convertirse en un eficaz sistema para reducir, e incluso anular, la expresión social de las minorías o transformar en irrelevante la expresión mayoritaria. Tanto la Justicia, como la Política o la Democracia son medios que puede ser tergiversada su función con la finalidad de obtener resultados contrarios a la función para la que fueron instituidos.

La competitividad, el esfuerzo por sobrevivir o de superación comporta tensión pero no tendría por qué representar el ejercicio de la violencia. La competitividad puede ser estimulante si no la confundimos con el objetivo de eliminar o reducir al competidor; si no ejercemos mediante métodos violentos como puede ser el espionaje, la descalificación o el desprestigio

del otro, si no desarrollamos estrategias «legales» pero inmorales como pueden ser «Opas» hostiles que pretenden la absorción y la asimilación con la finalidad de destruir o alienar. Con frecuencia la competitividad se ejerce con violencia y pocas veces se equilibra mediante la introducción de iniciativas cooperativas. Por esta razón las sociedades competitivas se familiarizan con la violencia y se incrementan los niveles de estrés.

Cuando nos referimos a las culturas de paz, convendría promocionarla no tanto a través del discurso esquizofrénico que proclama valores pero no los practica; conviene desarrollarlo de manera integral, que las palabras coincidiesen con las actitudes, objetivos y formas de vida solidaria y cooperativa, en especial en los entornos próximos como el familiar, laboral y de vecindad, sin olvidar por ello los entornos lejanos a la mayor parte de individuos, propios de las relaciones internacionales.

Odio, venganza y rencor son emociones que tienen como objetivo liberar la angustia o el estrés que generan mediante la provocación de un mal o perjuicio al que consideramos causante próximo de nuestra angustia, o del mal que interpretamos nos ha ocasionado. Biológicamente podríamos observar cómo la aportación de mayores cantidades de adrenalina permite desarrollar actividades agresivas que planificaremos desde nuestras capacidades intelectuales. Si las tensiones derivan hacia situaciones de estrés continuado, normalmente ello acabará transformándose en una forma u otra de violencia ejercida hacia nosotros mismos o hacia terceras personas o traducido por actitudes antisociales; lo que acabará desencadenando, a corto o largo plazo, una respuesta similar, a la que acabaremos por responder de manera parecida. Y así sucesivamente.

Los comportamientos individuales resultan similares o equivalentes a los colectivos. Las pequeñas pero crueles guerras cotidianas entre familiares, compañeros de trabajo o de ideología, entre vecinos o entre miembros de una misma comunidad, no son tan diferentes de las guerras entre naciones. Únicamente varía el número de personas involucradas, el escenario en que se producen y algunas de las armas o instrumentos utilizados. Los motivos son parecidos, así como los objetivos que se

persiguen. El miedo a no ver las necesidades satisfechas, la obsesión por impedir, reducir o incluso eliminar al causante de nuestras angustias... Los resultados también acaban siendo similares.

La violencia⁴ surge como una deformación, una exageración de nuestra capacidad de reacción, de las capacidades vitales por superar las dificultades y desarrollar esfuerzos de sobrevivencia. La generación de actitudes y comportamientos agresivos y violentos encuentra su origen en la pérdida de control sobre las sensaciones de temor que poseemos con la finalidad de autoestimularnos para la acción, frente a la necesidad de obtener satisfacción a nuestras necesidades vitales y existenciales. El exceso de miedo incrementa en grado sumo los estímulos para la acción que derivan en una creciente agresividad y, finalmente, en una violencia que ya no se halla capacitada para mantener el equilibrio y desarrollar procesos de raciocinio sobre el propio comportamiento y sus consecuencias. Este proceso no es un simple proceso psicológico sino que intervienen factores diversos de tipo biológico, social, psicológico, antropológico e incluso medioambientales, por citar algunos.

Frente a la constatación de la existencia de violencia en el comportamiento humano, las ideologías han desarrollado una justificación a la misma, al mismo tiempo que instruían instituciones y métodos específicos con el objetivo de contenerla, reducirla o gestionarla. Buena parte de la actividad social y política posee como objetivo el control, de una manera u otra de la violencia, control que en ocasiones pasa por el monopolio de la misma por parte del Estado a través del sistema judicial y los cuerpos de seguridad y del ejército.

Para Freud, el instinto de muerte, la frustración o el malestar producidos por una cultura represiva es el origen de la agresividad y la violencia. Marx sitúa la violencia en el seno de unas

4. Anatol Rapoport posee una obra excepcional dedicada a esta temática: *The origins of Violence*, mencionada en la Bibliografía, además de otras. Muchos otros pensadores han dedicado buena parte de sus esfuerzos a intentar entenderla. Rapoport es conocido por su Teoría de Juegos y la relación de ésta con la Resolución de Conflictos. Representa, por tanto, una de las líneas de pensamiento dentro de la Conflictología. Sus aportaciones parece que han sido superadas en parte desde la Teoría del Caos; sin embargo, no hay motivo alguno para reconocer ni renunciar a las aportaciones de Rapoport.

relaciones sociales, en las cuales se produce una apropiación del poder de los medios de producción por parte de un grupo o clase social que se instala en el seno del Estado con la finalidad de administrar sus intereses. Maslow a través de su *Teoría de las necesidades* llega a conclusiones parecidas a las de Marx.⁵ Lo mismo sucede con aquellos que sitúan la violencia en la existencia de un instinto agresivo que explica la necesidad de la violencia como sistema de sobrevivencia; estas teorías surgen de la mano de antropólogos y etólogos, que formulan el instinto como una cuestión puramente biológica que condiciona irreversiblemente las actitudes y comportamientos sociales. Apparentemente de manera contraria, existen otras explicaciones del fenómeno de la violencia que la sitúan en el ámbito del aprendizaje social; es decir, la agresividad se adquiere a través de determinados estímulos sociales y culturales, sin los cuales no existiría, dicen. La promoción de actitudes violentas a través de los medios de comunicación, así como de valores agresivos y conducentes al beneficio mercantil como único objetivo de los negocios, o la justificación de la mentira y de la ocultación de la verdad como métodos aceptables para la cultura política, facilita indiscutiblemente el desarrollo de comportamientos violentos. Las condiciones de miseria, de marginación y la desestructuración familiar también configuran resultados similares.

Cuando Darwin publicó en 1859 su controvertida obra, *El origen de las especies*, se estableció la justificación de la violencia como parte de la lucha por la sobrevivencia, el poder del más fuerte o del más hábil y, con ello, se exculpaba a los más débiles de su incapacidad de adaptación a la dureza de la realidad de la vida. Con Darwin se instalaba una explicación y una justificación de la violencia que permitía aceptarla intelectualmente. Aunque hoy en día citar a Darwin con esta intención resulta del todo políticamente incorrecto, ello no significa que muchas personas continúen pensando lo mismo. No se habla

5. El principio de *alineación* marxista se basa en la separación de los trabajadores del control de los medios de producción; de manera similar podría decirse que la incapacidad social o política de poder satisfacer las necesidades causa alineación; de manera parecida a como la separación entre el ser humano de la naturaleza que le rodea causa alineación y ésta es causa de sufrimiento según los puntos de vista del budismo.

tal vez de fuerza física como sinónimo de fortaleza, sino de aquellas «habilidades» que permiten imponerse a otros ejerciendo otras formas de violencia como puede ser el engaño, el uso del dinero de manera corrupta o con finalidades de influir en los procesos democráticos, o la capacidad represora del Estado.

Plagiar o copiar sin citar –citar es una manera de agradecer, de reconocer– es una manera de robar, de desposeer, de ejercer la violencia que, asimismo, generará respuestas violentas del que resulte perjudicado y como sistema de defensa.

Existen innumerables maneras de ejercer la violencia: todo aquello que pudiera perjudicar en el sentido más extenso de la palabra es un acto de violencia. La ocultación de información, el no reconocimiento de la existencia del otro, de su dignidad y de sus necesidades, la insolidaridad, la negación de auxilio, la indiferencia, el engaño, la descalificación, el impropio, son formas y maneras de ejercer la violencia... De hecho, cuando alguien habla mal de otro, lo que se está produciendo no es un acto informativo sino un acto de agresión mediante la capacidad comunicativa; el medio es el mensaje, citando a Mc Luhan.

Existe una tendencia acusada a intentar establecer una de las explicaciones como superior al resto de esfuerzos por entender, cuando me parecen que todas las explicaciones forman parte de visiones parciales en el tiempo o el espacio de una misma realidad, de una misma verdad. La aceptación de una tendencia o explicación no tiene por qué representar el rechazo de las otras. Esta tendencia a la exclusividad no tiene nada que ver los procesos de conocimiento sino que forma parte de mecanismos de aceptación o rechazo fundamentados en las luchas que protagonizan los seguidores de una u otra tendencia, del miedo que genera la sensación de inseguridad cuando no existe una sola explicación a las cosas. Frecuentemente llegamos a la conclusión que para ser algo únicamente podemos ser una sola cosa. Si somos de un lugar ello aparece como la negación a la posibilidad de ser también de otro lugar, a sentirnos identificados con otra identidad; si definimos nuestro pensamiento político nos parece que únicamente podemos hacerlo con un solo concepto ideológico y, seguramente, esto no es así.

Las diversas explicaciones sobre el origen de la agresividad y la violencia acaban resultando complementarias. Me parece del todo razonable partir del convencimiento de que las características biológicas de los seres vivos desarrollan mecanismos de sobrevivencia que acaban afectando al comportamiento y, asimismo, a la acción social y política. El instinto no es más que el proceso y las reacciones que se producen en todos los organismos vivos frente a la necesaria satisfacción de necesidades y frente al peligro de no verlas satisfechas; así pues, la vida ya viene predeterminada por elementos que permiten el desarrollo de la agresividad y su transformación en violencia, pero ello no quiere decir que los seres vivos seamos y poseamos actitudes violentas, simplemente poseemos la capacidad de serlo, pero también de controlarlo por nosotros mismos o socialmente.

Por otra parte, la violencia también se aprende cuando las circunstancias sociales nos obligan a desarrollar capacidades de autodefensa y agresión y cuando no somos capaces de desarrollar, paralelamente, aquellas capacidades de superación o de liberación de temores. La frustración es causa frecuente en la generación de conflictos. Una frustración frente a las expectativas de satisfacción de determinadas necesidades, incluidas aquellas propias del ámbito psicológico: necesidades de autoestima, de aceptación social, de prestigio, de posesión de sentimientos de seguridad y de afecto.

Existe, asimismo, un elemento importante en el desarrollo de la violencia: el miedo. El temor que puede producir los esfuerzos de otros por vivir, el miedo a no ver satisfechas nuestras necesidades y, sobre todo, nuestros deseos, no únicamente aquellas de tipo material sino también las necesidades afectivas, a ser desposeídos del fruto de nuestros esfuerzos o de nuestras ilusiones y temores.

El miedo que genera la íntima disociación entre la propia existencia y la existencia de los otros, entre la vida y la muerte, entre el conocimiento y la ignorancia o el desconocimiento. Todo ello puede parecer muy abstracto pero la Humanidad lo conoce desde sus mismos orígenes. Prácticamente todas las vías místicas al conocimiento han llegado a las mismas conclusiones y, de manera parecida, todas las filosofías y métodos

psicológicos también. El conflicto primigenio es aquel que explican todas las tradiciones filosóficas que se produce entre el *Ego* y su entorno, allí donde se genera los primeros y ancestrales miedos y de donde surge la agresividad más elemental. Al concebirse o imaginarse a sí mismos como seres aparecidos en un entorno que nos parece hostil nos llevará a establecer unas relaciones también hostiles. La creencia en una pretendida independencia con relación al entorno en el que vivimos genera sensaciones de angustia y miedo y justifica cualquier violencia que consideremos necesaria para satisfacer nuestras necesidades y asegurar la sobrevivencia. Por entorno me refiero tanto al social como a la naturaleza misma. El miedo a la muerte no es más que el miedo al vacío, a cosas que nos son desconocidas porque no nos reconocemos formando parte de las mismas.

El pensamiento es terreno fácil para el desarrollo del miedo que conducirá por los caminos de la violencia. De una violencia que intentará destruir las causas aparentes del temor, que acabarán desarrollando tendencias autodestructivas o capacidades de agresión y desprecio por la vida y la dignidad de los otros, o de la sociedad en general. Únicamente el que siente miedo agrede, ataca. La violencia es consecuencia directa de un temor incontrolable. Así, de esta manera, podemos conocer ambas cosas, al agresor y a su causa. El poder material no nos libera del miedo, frecuentemente es lo contrario. El miedo a perder el poder contribuye a desarrollar una agresividad sin límites. Veamos si no los comportamientos tremendamente violentos que se ejercen desde las cimas del poder. Las guerras las hacen los estados poderosos, no los débiles.

El poder se configura, básicamente, como el resultado de un proceso de organización social fundamentado en el miedo de algunos, con la finalidad de establecer formas coercitivas que procuren no sólo por la coordinación de intereses sino que, al mismo tiempo, impidan el desarrollo de poderes ajenos que se perciben como amenazas potenciales que necesitan ser previstas, con la intención de establecer las condiciones necesarias de seguridad. La acumulación de capital o de poder de cualquier tipo se asemeja a la acumulación de alimentos o

de combustible, que una familia temerosa del invierno pudiera prever durante el verano. Si la acumulación se circunscribe a los cálculos racionales no pasará de ser moderada; por el contrario, si el temor es la guía de la acción acumulativa se sobrepasarán sobradamente las necesidades y se procurará acaparar más de lo necesario, incluso las posesiones de otros si fuera posible.

La violencia ocupa todas las expresiones de la vida en sociedad. La manera de combatir la violencia se hace desde planteamientos y aplicaciones también violentas. El sistema penal se fundamenta, en la práctica, en la sistematización del castigo. La política en la coerción de las leyes, en la lucha entre grupos ideológicos o de intereses, en la usurpación de la soberanía. La religión, en el control de la libertad a través de la doctrina y la moral y en el desarrollo de miedos y fobias justificados por una mitología al servicio más de la sumisión que de la liberación del espíritu. Lo que se desarrolla desde los poderes establecidos acaba también expandiéndose a todos los niveles: violencia doméstica entre esposos, maltrato de niños, drogas, estafas encubiertas tras la apariencia de servicio, explotación, corrupción, contaminación del medio ambiente y de los alimentos a través de los sistemas productivos que acabarán afectando gravemente la salud humana y el acceso a los recursos naturales fundamentales como la luz solar filtrada por el ozono, el agua potable o la tierra productiva.

Cuando hablamos de violencia cada cual lo hace desde una perspectiva diferente. Algunos se centran en los elementos estructurales como la política, el desarrollo económico o el funcionamiento de la Justicia, lo que les lleva a menospreciar los factores psicológicos e individuales. O al contrario, se fijan únicamente en los elementos éticos del comportamiento humano y no conceden importancia a los factores políticos que consideran consecuencia de la moral individual.

Si los primeros intentan eximirse de sus responsabilidades personales en el desarrollo de los conflictos en que puedan verse implicados, los segundos pretenden hacerlo en relación con sus responsabilidades sociales. No existe razón alguna para llegar al convencimiento de la importancia de ambos factores, de

aquellas responsabilidades individuales como de aquellas otras sociales.

Lo cierto es que mientras existen posturas extremadamente críticas con los comportamientos institucionales y el desarrollo de la política, no siempre la actitud individual se corresponde y a la inversa. Se da con frecuencia que mientras se critica decididamente la industria armamentística, por ejemplo, no existe limitación ética alguna para difundir infundios o dificultar la labor de aquellas personas que llevan a cabo ocupaciones parecidas y, por tanto, se las considera competidores que conviene reducir. De la misma o parecida manera a como personas que proclaman el valor de la moral no tienen, en el ejercicio de su profesión o de sus obligaciones políticas, ningún escrúpulo para regirse por principios de eficacia y beneficio muy alejados de toda consideración ética.

El cúmulo de experiencias, temores e interpretaciones sobre la vida contribuirán a configurar las ideologías desde las cuales regir la acción colectiva. Estas procurarán prever sistemas de administración, concebirán el bien y el mal y determinarán los objetivos políticos. Con mayor o menor fortuna el establecimiento de mitos, valores y prioridades motivarán su defensa y desarrollo y, al mismo tiempo, justificarán la necesaria defensa e implantación de las ideas establecidas. Cuando el desarrollo de una ideología se relaciona con un territorio o una población determinada, la denominamos Nacionalismo. Todos los estados independientes poseen grados elevados de ideología nacionalista que explica y cohesionan una manera básica de entender la vida en sociedad determinada por las formas políticas y administrativas del Estado, diferenciadas, opuestas o separadas de las «realidades» nacionales vecinas. Cuando parte de la población resulta marginada de la ideología nacional establecida por el Estado o de los beneficios que reporta su pertenencia, surgen movimientos de liberación que, con la finalidad de poder llevar a cabo el rechazo que consideran necesario o conveniente, adoptan ideologías similares y opuestas.⁶ La rei-

6. Resulta interesante conocer la obra del japonés Kenichi Ohmae en su obra *The end of the Nation state*, Londres, Harper-Collins, 1955. De hecho, el nacionalismo debe referirse a las ideologías propias de los estados independientes de manera especial. Los

vindicación de una identidad⁷ diferenciada nos muestra la importancia que se concede a la libertad como fundamento necesario para poder satisfacer necesidades vitales y, más concretamente, la capacidad de ser uno mismo, de gobernarse por uno mismo.

La violencia se caracteriza por su carácter instrumental y sus métodos de ejercerla, sin un instrumento o una técnica no sería posible ejecutarla. La guerra, el castigo y el crimen, como formas extremas de violencia poseen motivaciones similares, se desarrollan de manera parecida y se ejecutan con métodos y objetivos equivalentes. Así, pues, la No-violencia, esta acción, esta fuerza carente de odio que pretende beneficiar, también se caracteriza por una tecnología y una metodología. No se trata de simples enunciados filosóficos, situados al margen de la concreción práctica. Si la violencia se distingue por ser una acción estimulada por el miedo, el resentimiento o la venganza y pretende destruir, reducir o dominar al que se considera generador de tales emociones y percepciones, existe una no-violencia, lo contrario del odio, del rencor y del miedo que también actúa, que pretende beneficiar sin imponer nada, sin forzar a nadie, en ocasiones incluso dejando de actuar, de luchar.

Como respuesta a los planteamientos violentos surgen expresiones diversas de pacifismo, a mi modo de ver todos ellos resultan complementarios. Veamos algunas simplificaciones de las principales corrientes:⁸

- Pacifismo personalista. Inspirado en valores del cristianismo primitivo, así como de otras filosofías y movimientos religiosos como el budismo y jainismo entre otros, sus principales exponentes fueron Tolstoy, Thoreau, Gandhi, Martin Luther King. Propone la desobediencia civil, la

movimientos de liberación nacional que pretenden separarse del Estado al que están sometidos desarrollan una ideología basada en la libertad que, en todo caso, evolucionará hasta convertirse en ideología nacionalista en cuanto se acerque a la obtención del objetivo de constituirse en Estado.

7. Manuel Castells, en su trilogía recientemente publicada, aporta una idea de identidad que resulta muy sugerente dentro de sus planteamientos en relación con la llamada Sociedad de la Información.

8. De la obra de Anatol Rapoport, *The origins of Violence. Approaches to the study of Conflict*, Transaction.

no participación ni complicidad con las instituciones que practican la violencia o que se preparan para ejercerla, el respeto escrupuloso de los derechos civiles y humanos, el rechazo de todo tipo de violencia y el desarrollo de sistemas de resolución y transformación de conflictos que lleven a la transformación de las formas de vida y de sociedad. Existen versiones equivalentes en otras tradiciones culturales y espirituales como en el budismo, bahaísmo, Testigos de Jehová, determinadas corrientes del hinduismo y otras religiones de paz.

- **Objeción de conciencia.** Proveniente del pacifismo personalista, la Objeción de conciencia adquiere personalidad propia como una forma más de oposición al Estado de la mano de movimientos libertarios a los que acabó sumándose buena parte de una juventud que no entendía ni compartía la obligación de realizar el servicio militar obligatorio, lo que contribuyó, sin duda, a que este fuese finalmente abolido en algunos países y sustituido por voluntarios y profesionales.
- **Pacifismo político.** Opuesto a la militarización de las sociedades y de las relaciones internacionales; propugna la democratización, el desarrollo de procesos políticos y de negociación en la solución de conflictos, la promoción de los derechos Humanos y el Desarrollo económico de los países del Tercer Mundo. Durante la Guerra Fría contó con el apoyo de la Unión Soviética y de buena parte de los partidos comunistas que aprovecharon para denunciar las políticas armamentísticas de los países capitalistas.
- **Defensa Civil y Defensa No-provocativa.** El reconocimiento de la existencia de peligros potenciales de agresión y, a la vez, del carácter grave y erróneo de la guerra, lleva a considerar la posibilidad de creación de organizaciones y cuerpos no armados para la intervención directa en conflictos armados, fundamentados, princi-

palmente, en la movilización, organización y resistencia civil no violenta. Actualmente existen iniciativas en este sentido en Europa y Estados Unidos, de la mano de grupos civiles de Ong's como pueden ser Las Brigadas de Paz, las Fuerzas No violentas de Paz, entre otras. Proceden del movimiento pacifista personalista.

- **Pacifismo selectivo o Abolicionismo.** Los movimientos de ideas y de oposición a determinadas formas de guerra como el uso de la energía atómica, la guerra biológica y química. Propugnan el respeto por los tratados internacionales referentes al trato de los prisioneros de guerra, el desarrollo de acciones de ayuda y socorro de carácter humanitario como la intervención de la Cruz Roja. Este movimiento es compartido por las diversas tendencias descritas anteriormente, así como por algunos sectores sociales desvinculados del movimiento pacifista, incluso por militares, personas e instituciones públicas y civiles diversas. No se oponen a la existencia de políticas de seguridad y defensa, de ejércitos y justifican la guerra en determinadas situaciones. Propugnan, en todo caso, un control y una reducción de la actividad militar y armamentística y de las guerras como única solución de conflictos.

Lo cierto es que las mutuas influencias, trasvases de militantes y colaboración entre las diferentes expresiones pacifistas son un hecho que relativiza los intentos de clasificación, aunque subsisten motivaciones y propuestas de carácter plural, como puede observarse.

Beneficios y costes de los conflictos

Los conflictos resultan fenómenos ambivalentes, de efecto relativo. Cuando el planteamiento de problemas o el incremento de la tensión debido a los cambios sirve para anunciar y propiciar la adaptación a una nueva situación, los conflictos que se

derivan pueden resultar útiles para mejorar, restaurar, corregir, innovar o aprender. De hecho, la vida ya es esto, la consecución de nuevos niveles de aprendizaje en base a la experimentación de éxitos y fracasos. Sin embargo, pocas veces se producen situaciones en las que las partes contendientes asumen las consecuencias de los conflictos habidos como algo positivo del que han aprendido. Las secuelas de los conflictos acostumbran a ser los deseos de venganza, la frustración, la depresión o el rencor.

Instalaciones, maquinaria, sistemas organizativos, conceptos o acuerdos, un día u otro, pueden acabar obsoletos, dejan de servir para las finalidades por las cuales fueron creados o instituidos y exigen ser renovados, restaurados o corregidos. La resistencia a cambiar acabará produciendo un incremento elevado de la tensión y conflicto hasta los límites que sean necesarios para provocar los cambios y las adecuaciones necesarias. De la misma manera a como el dolor posee la función de advertir sobre procesos disfuncionales orgánicos, el conflicto posee una función similar. El uso de analgésicos únicamente representa un sistema paliativo para poder mantener niveles convenientes y dignos de calidad de vida, pero no curan. La curación se produce cuando eliminamos las causas que provocan las sensaciones de molestia o de dolor, cuando facilitamos la recuperación de la normalidad, del estado de salud, de armonía con nosotros mismos o con el entorno.

Es una cuestión de equilibrio constante, de atención permanente a los procesos de cambio y de aprovechamiento de la energía que se libera con el incremento de las tensiones. Una tensión que no es aconsejable sobrepase los límites del autocontrol. Un autocontrol que se determina a través del cálculo de riesgo y de la evitación de perjuicios de los que tengamos claro poder aceptar, así como por el control de los niveles de angustia y de estrés. Si se producen perjuicios, las reacciones que se generarán resultarán proporcionales al grado de gravedad del perjuicio ocasionado. Los niveles de miedo o de angustia son directamente proporcionales con la pérdida de las capacidades racionales y el incremento de las actitudes agresivas.

Adam Smith, a través de dos de sus obras fundamentales: *Teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones*,

nos indica la existencia de un conflicto latente debido a la tensión producida por los intercambios, el comercio o el mercado. Si bien es cierto que el Mercado como concepto económico genera tensión y conflicto político, no por ello debe derivar ineluctablemente hacia la guerra como única posibilidad de regulación de los excesos. El mismo funcionamiento económico deberá tener en cuenta su propio equilibrio como un valor económico como pudiera ser para un mercado de abastos la existencia de sistemas que garanticen la seguridad y la eficacia en el funcionamiento, así como la necesaria existencia de una población con capacidad adquisitiva suficiente como para poder consumir y absorber la producción agrícola o industrial. Con frecuencia se ha pretendido culpar a las ideas y a los sistemas políticos o económicos de los errores y de la inestabilidad humanos. Me resisto a pensar en la maldad o la bondad congénita de los sistemas económicos y políticos, prefiero pensar que las personas somos seres frágiles con habilidades complejas que nos hace llegar a ser peligrosos para nosotros mismos.

Entre los teóricos modernos del conflicto se describen algunos procesos conflictuales como saludables para el desarrollo social. Algunos intelectuales actuales creen que teorías sobre el conflicto forman parte de la producción intelectual norteamericana contemporánea, con la finalidad de descalificar sus aportaciones por el simple hecho de pertenecer a un país cuyo gobierno juega un papel dominante en la política mundial. Ello no es cierto. George Simmel, filósofo alemán de principios del siglo xx, autor del muy interesante ensayo *Conflicto*, subrayó la importancia de los procesos de cooperación y de conflicto en las relaciones sociales y llegó a afirmar que «un cierto grado de desacuerdo, de divergencia y de controversia es lo que facilita la cohesión y la profunda cooperación del grupo». Otro teórico destacado, Lewis Coser, autor de la obra *Las funciones del conflicto social*, abundó en las descripciones del conflicto como un elemento consustancial de las relaciones humanas que posee una función específica de cohesión y estímulo que no puede ser negligida. Según Coser, estas pueden ser resumidas en los puntos siguientes: